

Algunas visiones de la intelectualidad cubana sobre el 98

Pablo Guadarrama González

En los análisis históricos, y en especial en el estudio de la historia de las ideas, con frecuencia resulta más fácil y fructífero apreciar lo que guarda prudencial distancia en el tiempo que lo acontecido en la inmediatez. La mirada hacia lo próximo en ocasiones no posibilita delimitar adecuadamente las tendencias, líneas, esguinces, corrientes, etc., que pueden valorarse mejor desde una perspectiva algo más alejada. No constituye un simple artificio estéril sostener que muchas veces los árboles impiden ver el bosque.

Este primer centenario de aquel coyuntural momento de la crisis del colonialismo español de 1898 es propicio para muchas valoraciones. Entre ellas esta que pretende justipreciar algunas posturas de los representantes de la intelectualidad cubana de la época ante tan significativo acontecimiento.

La intervención norteamericana en la guerra independentista de Cuba fue, ante todo, un hecho trascendente en la vida política, económica y cultural de este país, pero también tuvo especiales implicaciones en la historia posterior de España y del ingerencismo yanqui en el mundo.

Un adecuado análisis del asunto no debe limitarse a analizar exclusivamente las opiniones de aquellos que la conocieron y juzgaron *a posteriori*. Sería ignorar múltiples actitudes y criterios de peso de otros que con anterioridad a la intervención norteamericana en la guerra, la previeron desde que aparecieron los síntomas de descomposición del imperio colonial español. No fueron pocas las personalidades de la cultura y la vida política cubanas del siglo XIX que percibieron ese temprano apetito yanqui, no sólo en relación con su vecino mexicano, sino también con las islas mayores del Caribe, en especial con Cuba y Puerto Rico.

Ya desde inicios de la pasada centuria el pensamiento filosófico cubano había cristalizado su auténtica madurez en Félix Varela. Las ideas independentistas de este sacerdote, conformadas con los mejores ingredientes de la Ilustración y la modernidad, con sus aportes personales en muchos

planos epistemológicos, éticos y políticos se asentaban en un humanismo consecuente.

Varela vivió en la época en que en la mayor parte de las colonias españolas de América era común que hombres de distintos países lucharan bajo una misma bandera por lograr el ideal bolivariano de integración americana. Sin embargo, el pensador cubano prefirió que la independencia de Cuba fuese conquistada por los propios cubanos sin ninguna participación extranjera. Por tal razón, al analizar este tema sostenía: «Todas las ventajas económicas y políticas están en favor de la revolución hecha exclusivamente por los de casa, y hacen que deba preferirse a la que pueda practicarse por el auxilio extranjero»¹. Ese fue el criterio que prevaleció entre los mejores exponentes de la cultura cubana decimonónica.

Las ideas independentistas e ilustradas varelianas dieron inicio a una de las líneas más fecundas del pensamiento cubano, según la cual el digno futuro de la nación y la cultura cubanas sólo podría lograrse con la emancipación del colonialismo español y esquivando las pretensiones anexionistas de un importante sector de la vida política y económica norteamericana.

Ese criterio se enraizó en su discípulo José Antonio Saco y en muchos intelectuales que como ellos desarrollaron parte de su actividad en el territorio norteamericano, como es el caso de José Martí y Enrique José Varona. No parece que sea fruto del azar, sino producto de un mejor conocimiento, que estas grandes figuras del pensamiento cubano desarrollasen tales ideas contrarias a cualquier tipo de subordinación de los destinos de la isla a los gobernantes y la oligarquía de los Estados Unidos de América.

A juicio de Eduardo Torres-Cuevas «(...) cuando en 1832 Saco regresa a Cuba era ya un firme convencido antianexionista y, justamente, no por desconocimiento de la realidad norteamericana, sino todo lo contrario, por su profundo conocimiento 'de la raza devoradora' de pueblos»².

Experiencias similares tuvieron muchos hombres que inicialmente conformaron su espíritu en la creencia de que la independencia de las colonias norteamericanas y el impetuoso desarrollo económico del país constituían un paradigma para el resto de América, hasta que comenzaron a percatarse de que aquel supuesto paradigma implicaba serias amenazas para los destinos de los pueblos latinoamericanos.

La línea de pensadores y hombres de acción que destacó por su definida orientación contraria a la ingerencia yanqui en los asuntos cubanos, tuvo

¹ Varela, F.: Escritos políticos, *Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1977, p. 160.*

² Torres-Cuevas, E.: José Antonio Saco. La polémica de la esclavitud, *Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1984, p. 69.*

grandes personalidades como aquéllas, pero también múltiples pilares intermedios que contribuyeron a sostenerla y fomentarla. De otro modo no se explicaría su arraigo, pues ningún movimiento político o cultural trasciende cuando solamente se apoya en un reducido grupo de personas que lo sostienen, aun cuando sean de elevada talla quienes lo impulsen, como en este caso. Solamente aquellos movimientos que encuentran amplio eco, originales aportaciones y, sobre todo, apoyo masivo de los sectores populares, pueden trascender.

Así, las desalienadoras enseñanzas de José de la Luz y Caballero no se convirtieron en letra muerta porque lograron vitalizarse en la enérgica sangre de sus discípulos que combatieron por la independencia cubana llevando en sus mentes la siguiente metafórica opinión del maestro: «Los Estados Unidos: una colmena que rinde mucha cera, pero ninguna miel»³.

Del mismo modo, las premoniciones martianas sobre los apetitos de determinados sectores del poder norteamericano que podrían producir una afectación de la justicia en detrimento de los pueblos de «Nuestra América», lamentablemente se cumplieron. Lo más triste es que en algunos casos con la complicidad de mal llamados cubanos que aprovecharon algunas debilidades de las filas revolucionarias y saludaron la intervención yanqui. Estos factores, entre otros unidos a la obstinación española de defender el reducto de su imperio colonial hasta la última bala y el último hombre, condicionaron el desenlace del 98.

Martí fue tal vez el latinoamericano de su época que mejor conocía las verdaderas intenciones de los Estados Unidos respecto al resto del continente y del mundo. En su carta inconclusa del 18 de mayo de 1895, un día antes de morir en combate, declaraba: «Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas: y mi honda es la de David»⁴. Tal afirmación era el corolario preciso de esa carta a su íntimo amigo mexicano Manuel Mercado en la que le confesaba: «(...) ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimo con qué realizarlo— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan con esa fuerza más sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían

³ Luz y Caballero, J. de la: Selección de textos, *Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1981*, p. 156.

⁴ Martí, J.: «Carta a Manuel Mercado», (18 de mayo de 1895), en: *Páginas escogidas, Instituto del Libro, 1968*, p. 154.

dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin. Las mismas obligaciones menores y públicas de los pueblos –como ese de Ud. y mío–, más vitalmente interesados en impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los imperialistas de allá y los españoles, el camino que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América, al Norte revuelto y brutal que los desprecia, –les habrían impedido la adhesión ostensible y ayuda patente a este sacrificio, que se hace en bien inmediato y de ellos»⁵. No es necesario comentar estas ideas de Martí. Ellas se explican por sí mismas.

El enjuiciamiento crítico del naciente imperialismo norteamericano, aunque cauteloso, era apreciable también en otros dirigentes de la lucha insurrecta cubana como Antonio Maceo. Pero el objetivo del presente análisis está dirigido a prestar más atención a los integrantes de la intelectualidad propiamente dicha y en especial a aquellos que mayor trascendencia alcanzaron en alguna expresión de la cultura cubana, precisamente con el objetivo de salvarla ante la agresividad cultural de una nación tan poderosa, que ha logrado imponer en el mundo innumerables patrones culturales en el presente siglo.

A la intelectualidad cubana más auténtica le interesaba especialmente salvaguardar la cultura nacional e impedir por cualquier vía que la *nordomanía*, que acompañaba a algunas posturas positivistas predominantes en el ambiente filosófico latinoamericano de fines de ese siglo y que eran proclives a cierta hiperbolización de los logros alcanzados por los pueblos anglosajones, pudiese inducir a quebrantar el reconocimiento del valor de la herencia cultural española y de su síntesis americana.

La talla intelectual de Martí le permitió diferenciar adecuadamente los valores contenidos en la cultura española de la cual nuestra América era honrosa heredera, del mismo modo que rechazaba los antivalores de las concepciones y los métodos de dominación de la metrópoli colonial ibérica.

También cuando se produjo la independencia de las primeras colonias españolas en América se desató un espíritu antiespañol de tanta magnitud que se trasladaba al rechazo de la cultura y hasta de la lengua castellana. Este equívoco provocó la adecuada reacción de algunas prestigiosas personalidades del pensamiento latinoamericano, entre ellas Andrés Bello, que supieron diferenciar oportunamente los planos y destacar que el amor por la libertad no debía producir el desdén por nuestro idioma y por la riqueza de la cultura iberoamericana.

⁵ Idem, p. 153.